

# Un abanico de flores

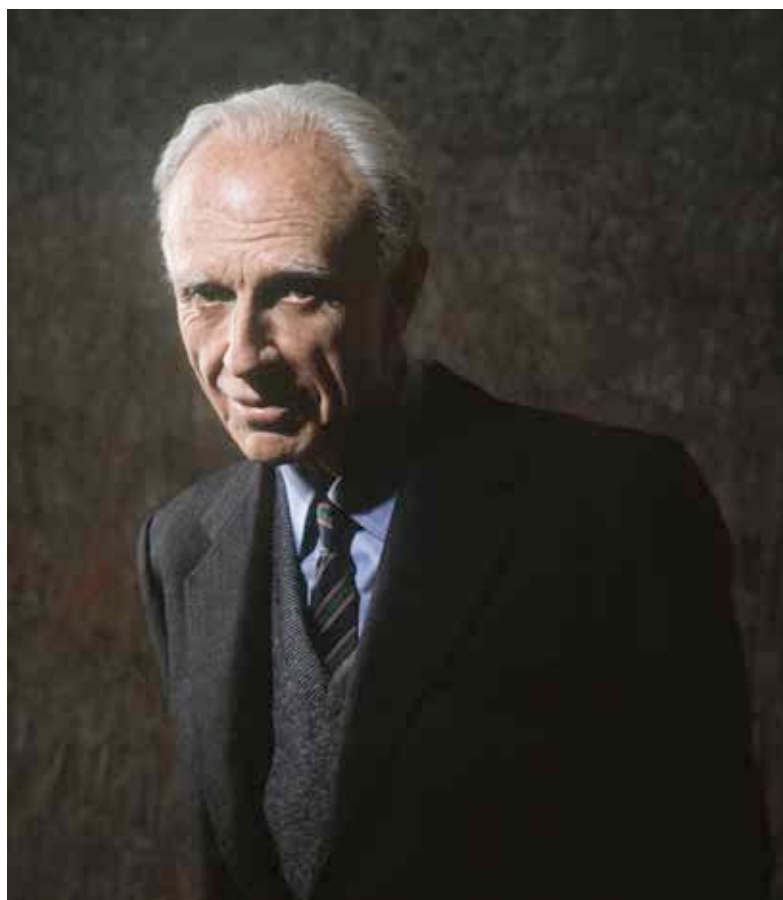
Rafael Toriz

PESE A QUE LA LITERATURA ARGENTINA ha nutrido con creces la tradición excéntrica de la escritura de novelas extrañas —pienso en *El derecho de matar* y *Punto final* de Raúl Barón Biza, *Polispuercon* y *Foliosofía* de Héctor Murena, *Los dos indios alegres* y *El templo etrusco* de Juan Rodolfo Wilcock, *Tadeys* y *Sebregondi retrocede* de Osvaldo Lamborghini o *El agua electrizada* y *El mal menor* de C.E. Feiling, entre otras, el consenso general al respecto de que lo más decantado de su estirpe prosística ha sido el cuento se ha impuesto como una realidad irrefutable.

Al amparo de las diversas explicaciones que pudieran darse para este fenómeno —acá todos son mentirosos, es una tierra de puerto, etcétera— creo, como sucede en cualquier lado, que en la Argentina se escribe ficción por las mismas razones que entrevió Joan Didion en

*The White Album*: “nos contamos historias para sobrevivir. La princesa está encerrada en el castillo. El hombre con dulces guiará a los niños al océano. La mujer desnuda en la cornisa exterior de la ventana en el piso diecisiete es víctima de la acidia o la mujer desnuda es una exhibicionista (...) Interpretamos lo que vemos y seleccionamos la más viable de las opciones. Vivimos enteramente bajo la imposición de una línea narrativa sobre imágenes dispares, bajo las ideas con las que hemos aprendido a congelar la fantasmagoría cambiante que es nuestra experiencia real”. En definitiva, se escribe cuento para otorgarle sustancia narrativa a lo real.

Mucho se ha dicho ya pero no está de más repetirlo: corren tiempos aciagos para el cuento en español, género de robusta tradición que, desde hace años, encuentra cada vez menos cobijo en revistas, suplementos, editoriales e incluso, puñalada



Adolfo Bioy-Casares en 1991, en París. (Fotografía: Ulf Andersen/Getty Images)

tropera, en el gusto de los lectores. Esta realidad habla del empobrecimiento de la capacidad lectora, de la imposibilidad de la precisión y la concentración literarias en tiempos de la red; así como de las directrices del mercado editorial, que ven en la novela convencional —a no dudarlo el género preferido entre la mayoría de los lectores— un negocio rentable que demanda poco y entrega menos. Basta ver los catálogos de las editoriales con mayor presencia en librerías, reacia a enfrentarse a una de las expresiones más decantadas del ingenio como es el cuento, donde la tensión y la capacidad sintética están llevadas al máximo, aunque algunos miopes que confunden el tedio con la vanguardia opinen lo contrario.


De acuerdo con Rubem Fonseca, uno de los mayores maestros del género, el cuento es la prueba de fuego del narrador. En él no hay cabida para indecisiones, dislates o descuidos. El autor de relatos, a la manera del carnicero, debe actuar con estudiada precisión y absoluta naturalidad. Un titubeo, un paso en falso, y se habrá fracasado (frecuentemente con el desconocimiento de quien escribe). Por ello, la única regla que debe cumplir el cuento es la de estar bien contado.

Hoy día, en que se publican pocos libros de cuento pero el consumo de historias mediante videojuegos o series de televisión es altísimo, la circunstancia de análisis exige nuevos escenarios para el estudio, comprensión y consumo de la ficción. El mundo como lo entendemos vive hambreado de historias cortas.

Ante dicho panorama, es motivo de regocijo que la editorial El Ateneo publique una *Antología de cuento argentino*, en donde con un criterio discrecional —como debe de ser— se agrupan distintos relatos señeros de la tradición local.

Agrupados bajo las clasificaciones “Clásicos”, “Homenajes literarios”, “Misterios y peligros”, “Amor y todos los amores”, “Crímenes y otras muertes”, “La historia como ficción” y “Los nuevos” la antología cumple con el deber esencial de toda antología: ser el testimonio palpable de un capricho. Por ello, más que meterse en el callejón ocioso de quiénes faltan o sobran, dato que no interesa, me permito recomendar los cuentos que me parecen más logrados y que son una franca invitación

para adquirir el libro. “Fin de milenio” es un relato extraordinario a cargo Luisa Valenzuela en el que la soledad, el sexo desenfrenado y extrañas variantes del crimen crean una atmósfera adictiva. Oliverio Coelho, haciendo gala de estilo, entrega un cuento sórdido de sumisión donde el personaje, escritorzuelo, es un auténtico cretino. Juan José Saer aparece con texto que revela los infiernos de los temperamentos sensibles condenados a la provincia, y Edgardo Cozarinsky sugiere una versión criolla del arquetipo del más bien jodido poeta provincial. Ariel Magnus establece la vindicación de un orate con un discreto sentido del humor y Bioy recuerda que todas las mujeres, en el fondo, quieren casarse con Charles Bovary. Samanta Schweblin construye una pequeña pieza de cámara delirante con un enano insumiso y Silvina Ocampo demuestra por qué es una de las mayores escritoras argentinas de todos los tiempos.

Hay más autores, nutridos y variados, desde luego. Empero, visto está que para mecer a gusto el abanico nadie es tan conspicua como la mano propia. 



*Antología de cuento argentino*  
Compilación de Josefina Delgado  
Buenos Aires, El Ateneo  
2013, 528 pp.